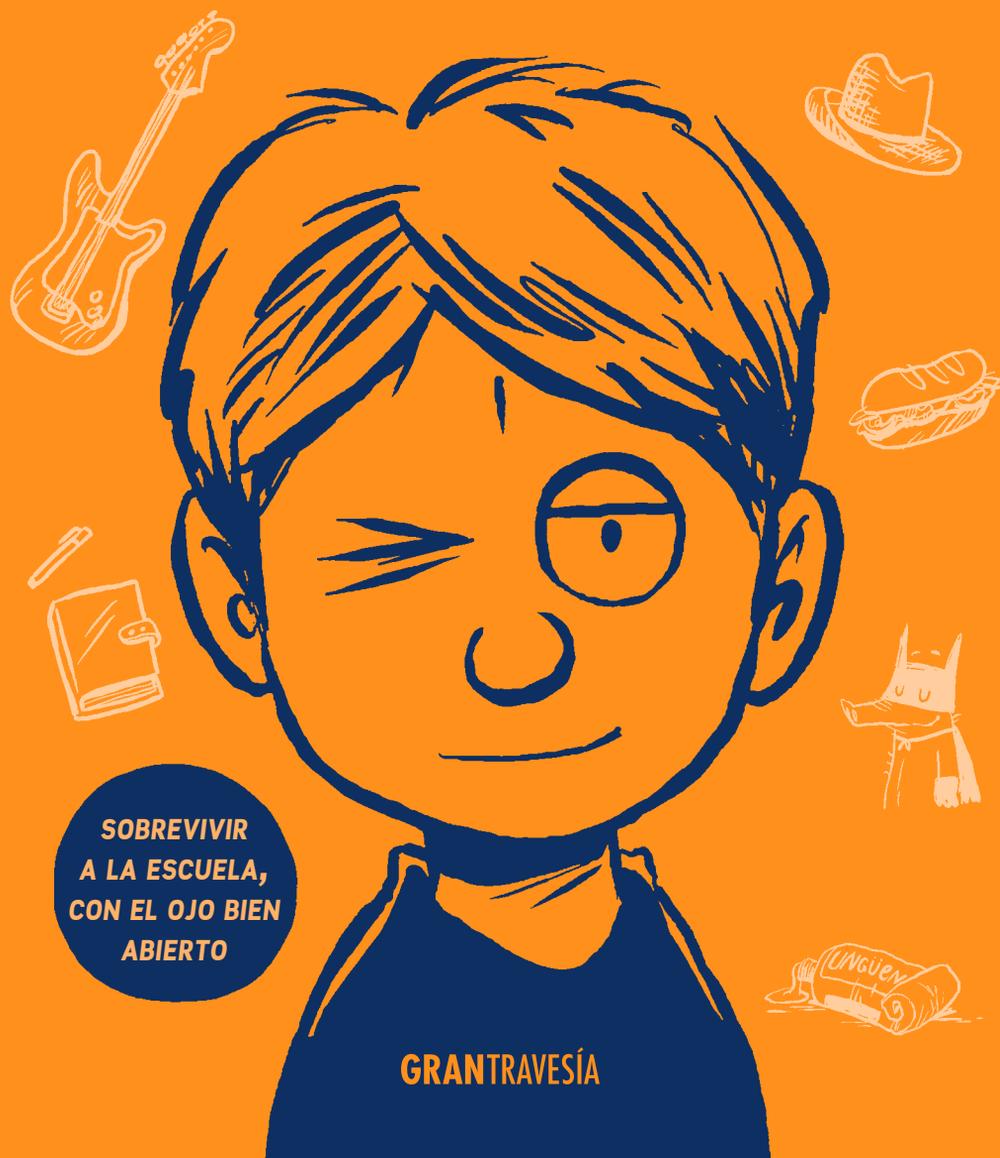


ROB HARRELL

GUIÑO



**SOBREVIVIR
A LA ESCUELA,
CON EL OJO BIEN
ABIERTO**

GRANTRAVESÍA

GUIÑO

GRANTRAVESÍA

ROB HARRELL

GUIÑO



Traducción de
Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

GUIÑO

Título original: *Wink*

© 2020, Rob Harrell

Traducción: Mercedes Guhl

Ilustraciones de portada e interiores: © 2020, Rob Harrell

Diseño de portada: Jason Henry

D.R. © 2019, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2020, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2020

ISBN: 978-84-121990-4-8

Depósito legal: B-17472-2020

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005051

Para Amber

1

¡PONGÁMONOS RADIOACTIVOS!

Estoy recostado sobre una mesa de acero, demasiado atento al hecho de que un cañón de rayos apunta en mi dirección. Parece una de esas cosas que usan los supervillanos en las películas: un cañón láser tan grande como una habitación, de cinco toneladas de peso. De éstos con los que amenazan con destruir el planeta.

—¿Qué tipo de música prefieres, Ross?

Estoy seguro de que el técnico radiólogo sólo intenta distraerme mientras me atornilla fijamente a esta mesa. Una mascarilla rígida de malla cubre mi cabeza y mi cuello, y me mantiene inmovilizado: ayer



sacaron un molde de mi cara para poder hacerla, y el técnico se esfuerza en hacerla encajar en unas ranuras de la mesa. Arruga la nariz mientras la empuja.

—Hum... cualquier cosa. Lo que sea —murmuro entre dientes. La mascarilla es tan rígida que no me permite mover la mandíbula ni un poco.

El técnico, Frank, al fin logra encajarla en la mesa, y me da un golpecito en el hombro con el puño cerrado.

—Vamos, hombre... si vas a estar ahí quieto durante media hora, necesitas algo de música. Tengo de todos los tipos. Dime qué te gusta. Ninguna respuesta es incorrecta.

Rebusco en mi cerebro.

—Pues... ¿Podría ser la radio? ¿Puedes poner la emisora KZAQ?

Frank se detiene y se inclina hasta doblarse en dos, como si lo hubieran herido con un balazo en el estómago. Se queda así, hablándole al suelo.

—Ya sé que acabo de decir que no había respuestas incorrectas... pero ¿esa emisora de radio? —se endereza y me guiña un ojo—. ¿De verdad te gusta esa basura de los 40 principales?

—Pues... es lo que mis padres ponen en casa todo el tiempo...

Soy tan perdedor... Intento mirar despreocupadamente hacia otro lado, pero no consigo mover la cabeza.

Frank me mira fijamente antes de soltar un suspiro exagerado.

—Está bien. Pero mañana me dirás qué te gusta a ti, no a tus padres —se aleja y manipula un anticuado reproductor de cedés que se encuentra en una repisa alta en la pared, junto a una inestable torre de discos compactos y cintas rectangulares.

¡No puede ser! Debe haber cientos de millones de dólares en equipo sofisticado en esta habitación, ¿y no os podéis dar el lujo de tener un reproductor de mp3? Noto una pequeña parte de tatuaje que se asoma por debajo de la manga del uniforme de Frank. ¿Una cola de lagartija, tal vez? ¿O un tentáculo?

Beyoncé invade el lugar, y el técnico se dedica a lo suyo.

—Sé que ya te expliqué todo esto ayer, pero vamos a repasarlo una vez más.

Cierra los brazos alrededor de su portapapeles y empieza, como si fuera algo que ha hecho miles de veces.

—La camilla en la que estás recostado va a levantarte y a colocarte en tu sitio. El tratamiento tarda alrededor de veinticinco minutos, más o menos. Mantén brazos y piernas y cualquier otra parte de tu cuerpo en la camilla todo el tiempo, no los dejes colgar. No se permite lanzarle objetos al técnico radiólogo. Está prohibido alimentar a los técnicos. No debes patalear

como si hicieras nado sincronizado. No hagas nada que no se te haya indicado previamente. Y que no se te ocurra tararear nada de los Goo Goo Dolls, porque detesto a esa banda.

Frank se aparta para permitir que una técnica radióloga, Callie, creo, se acerque y me ponga una especie de masilla azul en el puente de la nariz; la moldea para que se quede fija. Me sonrío y dice que es para proteger mi ojo *bueno* del rayo. Después, me da palmaditas en el pecho. Espero no parecer tan nervioso como me siento, porque por dentro parezco un conejo atrapado en una trampa. Mi rostro está ardiendo.

—Bien. Ahora, lo más importante —es Frank de nuevo—: cuando te lo indique, mirarás fijamente a la X roja que está justo encima de ti. Es la que hicimos ayer junto al sitio por el que sale el rayo. La verás cuando la máquina te coloque en posición.

La mascarilla me impide mover la cabeza para asentir, pero parece que se da por enterado.

—No muevas la vista de esa X, si lo haces tu ojo explotará en mil pedazos como la Estrella de la Muerte, ¿me entiendes?

Le contesto con un leve gruñido.

Frank pone su mano sobre mi brazo.

—Es broma, Ross. Más o menos, quiero decir. No despegues la mirada de la X. Tu ojo no explotará, pero estamos hablando de tu sentido de la vista, que

es algo muy importante. Así que mantén el ojo fijo en la X o si no... Bueno, sólo mira la X y todo saldrá bien.

Callie regresa con una pieza en forma de U que parece uno de esos candados para bicicleta. La ajusta sobre mi cara y me ayuda a encajarme en la boca la parte moldeada para ese propósito. Mis dientes se clavan en ella cuando cierro la boca, y ella fija los extremos en la mesa. *Ka-chonk*. La mesa está sujeta a un brazo mecánico, algo que parece sacado de *Star Trek*.

Me pica la nariz. No podría mover la cabeza aun si tuviera que hacerlo, y eso hace que sienta un hormigueo por dentro. Como si yo fuera un insecto en una mesa de disección.

Frank y Callie me miran.

—¿Todo bien? —Callie me aprieta suavemente un dedo del pie, a través del calcetín—. ¿Quieres una manta?

—Do, toy'ienn.

—Bueno —retira un mechón de cabello tras la oreja y sonrío, amistosa. Todo el mundo sonrío mucho aquí, quizá porque entienden que me estoy muriendo de miedo—. Estaremos ahí detrás. Todo saldrá muy bien.

Frank me guiña un ojo.

—No te preocupes. Ya verás.

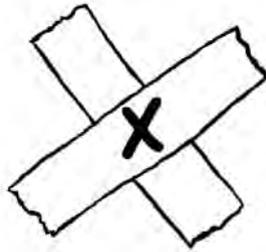
Se alejan por la izquierda, y no puedo girar la cabeza para verlos. Las luces bajan de intensidad mientras Gwen Stefani empieza a cantar algo sobre unos plátanos.

Tengo que reconocerlo: da un poco de miedo eso de estar aquí solo entre toda esta maquinaria. Tantos... cosas.

Cierro los ojos y suelto todo el aire. Hace ruido al salir lentamente, lo que pone mis nervios de punta.

—Muy bien —grazna la voz de Frank a través de un altavoz—. Vamos a empezar, Ross. Relájate, mantén la vista en la X roja. Nuestro paseo está por comenzar.

Tras unos segundos de silencio, se oyen unos ruidos fuertes y un sonido como de motor. La habitación



entera, llena de maquinaria, parece despertar con pitidos y zumbidos de lo que tal vez son grandes ventiladores que se han puesto en funcionamiento. ¿Serán necesarios para enfriar todo cuando la radiación empiece? No tengo la menor idea.

Entonces, la camilla se sacude, y empiezo a elevarme.

La voz de Frank se oye de nuevo por el altavoz.

—*Houston, hemos despegado* —dice, parodiando el lanzamiento de la misión Apolo 11 hacia la luna.

Cómics
Baticerdo

Baticerdo vs "EL RAYO" "RADIOACTIVO"

¡POBRE BATICERDO!
NUESTRO HÉROE NO
PLIEDE MOVERSE Y ¡UN ENORME
CAÑÓN APUNTA A SU BATICRÁNEO!

¡UN RAYO PODRÍA ARRUIINAR
SU BELLO ROSTRO!
¡DEBE ACTUAR AHORA!



DE PRONTO, BATICERDO
ROMPE SUS ATADURAS CON
SU SUPERFUERZA.

PRIMERO, TUERCE
EL CAÑÓN PARA QUE RECIBA
SU PROPIO RAYO.



BATICERDO CAPTURA
AL MALVADO DOCTOR
¡Y LE DA UN BATICOSCORRÓN!

LA JUSTICIA HA TRIUNFADO
Y BATICERDO CELEBRA CON
UN RICO SÁNDWICH.



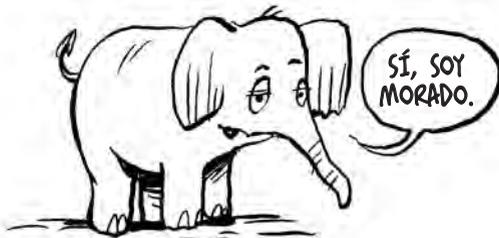
2

FESTIVAL ROCKO-PROTÓNICO

Mi vocabulario de términos científicos ha crecido a grandes pasos en los últimos meses.

Biopsia. Maligno. Mucoepidermoide. Carcinoma. Glándulas lacrimales. Resección. Triangulación. Radioterapia de protones. Puede que apenas esté en primero de la ESO, pero para cuando todo esto termine tal vez tendré los conocimientos necesarios para que me admitan en la facultad de medicina.

Lo más difícil del tratamiento es mantener la mirada fija en el centro de esa X roja. Todo el asunto me pone muy nervioso. Si alguien nos dice que no pensemos en un elefante morado, de pronto se borra de la imaginación cualquier otra cosa que no sea un elefante de ese color.



Cuanto más intento que mi ojo se fije en la X, más se distrae hacia otros lados. Y mi ojo no es lo único que quiere escapar de donde debe estar. Mi mente me lleva una y otra vez al día en que todo esto empezó...

Han habido unos cuantos Días Muy Malos a lo largo de este tiempo. Malos con M mayúscula. El primero fue hace unos meses. A mediados de julio. Justo en medio de lo que se suponía que sería un fabuloso verano de descanso.

Los antecedentes del Día Malo # 1 empezaron cuando yo estaba recostado boca abajo leyendo *Matar un ruiseñor*. Era una tarea de verano, y aunque detesto los deberes de verano, debo admitir que este libro era muy bueno. Me levanté y entré en la cocina, y vi que los ojos de papá se abrían como platos.

—¡Vaya! ¿Qué te ha pasado?

No tenía idea de a qué se refería, así que abrí la puerta de la despensa, buscando algo de comer.

—¿Qué me ha pasado dónde?

Se acercó a mí y con cuidado tocó la zona por encima de mi ojo.

—¿Te duele?

—¿Que si me duele qué? —salí al pasillo, donde hay un espejo.

Tenía el párpado muy hinchado, como si fuera una rana toro de esas que inflan la papada.



—¡Uy! ¡Qué feo! —me toqué el párpado. Era asqueroso, como si estuviera lleno de algún fluido. Comentamos que podía haberme picado algún bicho (pero no) o golpeado con algo (tampoco), y decidimos que lo mejor era ponerme hielo.

La hinchazón bajó en la siguiente media hora, así que nos olvidamos del asunto.

Hasta la mañana siguiente, domingo, cuando me levanté de nuevo con ojo de papada de rana toro. Otra vez le aplicamos hielo. Después, el lunes por la mañana, papá me miró y llamó a su oficina para decir que necesitaba tomarse el día, lo cual es algo casi insólito, fuimos a ver a un especialista en ojos.

El doctor Sheffler nos dijo que necesitaba un TAC.

Resulta que ésa es una manera abreviada de llamar a una tomografía axial computarizada, pero por un momento pensé que me darían una especie de golpe seco, como una palmada.

Media hora después, me encontraba en un edificio viejísimo cerca del hospital. Me vi con una bata de hospital —la prenda de vestir más absurdamente dise-

ñada, que me dejaba el trasero al aire— y en calcetines raídos de color marrón, mientras caminaba por un pasillo helado. Me acostaron en una mesa de acero, con los pies asomando por el agujero de una gigantesca rosquilla mecánica, y en ese momento empecé a sentirme nervioso de verdad, y a desear, en cierta forma, que papá no se hubiera quedado en la sala de espera.

Un enfermero verdaderamente colosal —parecía que fuera jugador de fútbol americano— vino y me insertó una vía intravenosa en el brazo (el primer pinchazo de los tres billones que vinieron después, si me pongo a contarlos).

Me advirtió:

—Cuando empiece a inyectarte el líquido, Ross, vas a sentir como si te estuvieras orinando en los pantalones.

Me hizo reír, hasta que unos minutos después, cuando el medio de contraste empezó a correr por el pequeño tubo, sentí calor y luego fue exactamente como si me hubiera orinado en los pantalones.

A pesar de que no estaba haciendo pipí, ¡ni tenía pantalones!

Muy raro. Imposible sentir algo más parecido a hacerme pipí encima, incluso más que si hubiera dejado de aguantarme y soltara el chorro.

Perdón.

Me estoy enrollando.



Después, papá y yo nos fuimos a Dagwood's, aunque fuera un poco temprano, donde hacen unos batidos de helado increíbles y unos sándwiches que son lo mejor que se puede hacer con dos panes.

El doctor Sheffler nos había dicho que los resultados saldrían dentro de dos o tres días, así que todo eso ya estaba muy lejos de mi mente cuando papá aparco frente al local. Yo iba distraído pensando cuál de las exquisitas opciones de sándwich sería la mejor.

Y entonces, sonó el teléfono de papá. Lo sacó, miró la pantalla y frunció el entrecejo. Me lanzó una mirada mientras contestaba.

—¿Hola?

Sólo oí su parte de la conversación.

—Sí, soy yo.

—No, ¿en serio?

—Muy bien.

—¿Ahora mismo?

—Está bien.

—Claro que sí. Estaremos allá en cinco minutos.

Colgó, y se embutió el teléfono en el fondo del bolsillo de sus vaqueros antes de pronunciar palabra.

—Era... hum... el doctor Sheffler. Ya tiene tus resultados. Quiere vernos ya.

—¿Tan mal ha salido?

—Nah —arrancó el coche—. No creo —trataba de sonar despreocupado, pero en su rostro no se formó una sonrisa—. Vamos a ver qué quiere y... vendremos a Dagwood's después, por un buen sándwich, ¿qué dices?

Lo bombardeé con preguntas, pero me aseguró que el doctor no le había adelantado el diagnóstico.

Después se quedó en silencio, que no era algo normal en él. En ese momento, habría dado lo que fuera por alguno de los chistes malos que solía contar.

—Veamos —dijo el doctor Sheffler cuando regresamos a su consultorio. Con el pie acercó un pequeño banco con ruedas y se sentó frente a nosotros. Dejó el cuaderno que tenía en la mano, y se inclinó, apoyando los codos sobre las rodillas, como un entrenador de baloncesto cuando reúne a su equipo para dar indicaciones. Sentí que papá se ponía tenso a mi lado. Hice chasquear mis nudillos.

—Gracias por venir tan rápido —continuó el doctor, pronunciando cada sílaba con cuidado—. Vayamos al grano. La tomografía ha detectado algo. Una masa justo encima de tu ojo derecho —me miró, con la boca apretada en una sola línea delgada. Era una expresión que de alguna forma me daba a entender que lamentaba tener que decirme todo esto y, al mismo tiempo,

que eran asuntos graves que debíamos hablar como adultos.

—¿En serio?

Nunca olvidaré la manera en que papá dijo esas palabras. *¿En-seeeee-riooo?*, como si acabara de enterarse de que los dragones existen, o que el día y la noche son lo mismo.

Y la verdad es que eso es lo último que recuerdo con claridad.

No es que me haya desmayado, ni nada parecido, pero ellos siguieron hablando mientras mi cuerpo y mi cabeza se perdían en una especie de aturdimiento.

Oí frases entrecortadas.

—¿... tumor? No hay manera de saberlo todavía...

—... biopsia en cuanto sea posible...

—... podría ser benigno, pero...

—... en la glándula lacrimal sobre el ojo...

—... una bolita del tamaño de una goma de mascar...

—... no hay que entrar en pánico por el momento...

De pronto, estábamos en la sombría parte de darnos la mano y las gracias. Iban a programar esto y lo otro, y luego nos llamarían.

Y después, salimos. Nos sentamos en la escalera que estaba frente a la puerta de entrada.

Papá tiró de mí hacia él y me acarició con fuerza la cabeza, despeinándome. Me besó el cabello, fue un gesto sutil, pero cargado de sentimientos.

—Todo saldrá bien, Ross, ¿de acuerdo? Hay muchas probabilidades de que esa tonta cosa resulte ser benigna, ¿sabes?

Permanecimos allí sentados un rato, y él me acariaba el hombro. Yo sólo pensaba en cuán grave sería.

Recordé cuando mamá pasó por eso, aunque yo apenas tenía cuatro años en ese momento, cuando *benigno* quería decir el tipo bueno de tumor. O no bueno, tal vez, pero no necesariamente peligroso. *Maligno* era el tipo peligroso: Cáncer, con C mayúscula.

¿Y ahora qué? ¿Debía ponerme a llorar? ¿O dar alaridos y tirarme al suelo? Me habría ayudado que el doctor Sheffler me hubiera dado una escala indicadora del 1 al 10, y que hubiera señalado el 6, diciendo: *Estamos aquí en este momento.*

Mientras esperaba sentado en los peldaños, papá



se alejó unos cuantos pasos para llamar a Linda, mi madrastra. Después llamó a mi abuela en St. Louis, que sollozó y me dijo *Rosy* unas mil veces cuando me puse al teléfono.

Pensé en enviar mensajes de texto a mis amigos Abby e Isaac, pero no me sentí con ánimos. No tenía idea de qué decirles.

Después, cuando llegamos a casa, Linda sirvió algo amarillo para la cena que yo hice rodar por todo el plato pero no probé.

Recuerdo haberme sentado a jugar *Annihilation: Moon* hasta que me dolieron los pulgares.

Y se hizo de noche y el día terminó como suele suceder hasta con los peores días. Me acosté, pero no pude dormir, así que me quedé ahí, mirando las luces de los coches que iluminaban el techo y oyendo la conversación en susurros entre Linda y papá en el dormitorio contiguo.

Lo único que sentía era entumecimiento.

3

DE REGRESO A LA REALIDAD

Todo mi cuerpo se sacude y mi corazón late con fuerza. Esa enorme X me mira fijamente, y la mascarilla de malla metálica me tiene atrapado. ¿Me estaba quedando dormido? Es una idea que me produce pánico, tras haber oído todo el asunto de *no despegues la mirada de la X porque te puede explotar el ojo*. Le echo la culpa a la canción que estaba sonando. Puede ser que Frank tenga razón en eso de que necesito una mejor banda sonora para las sesiones de radiación.

Y luego, de pronto, todo ha terminado, y Frank y Callie están de nuevo en la habitación, desenganchándome. Quitándome la pieza bucal. La mascarilla. Frank me tiende una mano para ayudar a levantarme.

—Has estado muy bien para ser una primera vez. Con tres días más, ya serás todo un profesional. Y para cuando terminen tus ocho semanas, ya podrías quedarte con mi trabajo —entrecierra los ojos, examinándome—. Porque ésas son tus intenciones, ¿verdad?

Mira a Callie.

—¿No te parece que se ve sospechoso? Serán los ojos brillantes y redondos. Debemos ser cuidadosos —Callie mira lo que tiene en su portapapeles, y luego pone los ojos en blanco.

Mientras me bajo de la mesa, Frank se inclina y finge que me susurra:

—No le hagas mucho caso a Callie. A la pobre le cuesta admitir que está loca perdida por mí.

Callie estalla en carcajadas y sale.

—¡Nos vemos mañana, Ross!

Me calzo los zapatos y saco mi mochila de un casillero que está junto a la puerta.

Pasamos frente al consultorio del doctor Throckton de camino a la salida. En mi familia le hemos puesto un apodo de superhéroe: *El hombre que tiene todas las respuestas*, y es quien está a cargo de mi terapia de radiación. Está sentado tras su escritorio, con mechones erguidos de forma muy cómica, como si hubiera estado pasándose los dedos por el pelo. Tiene los pies apoyados sobre el escritorio, y el teléfono en la oreja, pero al verme se le iluminan los ojos. Cubre la bocina del teléfono y me grita-susurra:

—¿Cómo ha ido?

—Bien, supongo —contesto. Sujeta el teléfono entre el hombro y la mejilla, y levanta ambos pulgares

para mostrar su aprobación. Tiene una mancha de tinta azul en uno de ellos.

Frank me conduce por el pasillo hasta la sala de espera, y me pregunta si el colegio es tan insoportable como él recuerda.

—No está mal —digo, encogiéndome de hombros, mientras atravesamos las puertas automáticas que conducen a la sala de espera.

Para ser una sala de espera, es bastante impresionante. Hay una serie de cómodos sofás y sillones alrededor de varios acuarios de gran tamaño. Se ven adornos de Halloween porque faltan apenas unos días para la fecha. También hay un rincón de bebidas de cortesía, con café y un frigorífico atiborrado de refrescos y pequeñas botellas de agua natural.

No veo a mi madrastra. Me imagino que Linda ha ido a un Starbucks a comprar más té verde. Siempre está bebiendo té verde.



Veo a un tipo entrado en años junto a uno de los acuarios, tomando café a pequeños sorbos. Levanta su vaso a modo de saludo.

Frank me lleva hasta él:

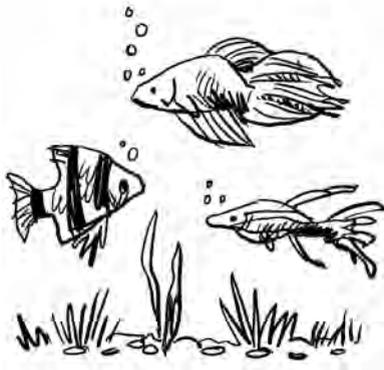
—Ross, quiero que conozcas a alguien. Para ser más precisos, quiero advertirte para que te mantengas alejado de él.

Nos colocamos frente al señor:

—Jerry, te presento a Ross. Acaba de salir de su primera radiación —y luego se dirige a mí—: Ross, este señor que ves aquí es el viejo más cascarrabias que haya pisado el planeta Tierra.

Jerry ríe, con carcajadas amables pero jadeantes, mientras trata de enderezarse para saludarme. Estrecho su mano colosal. La siento como si fuera una mano de piedra arenisca.

—Entonces, ¿te han asignado a Frank? Sé que las cosas podrían ser peores, aunque no se me ocurre de qué manera —y sus cejas peludas y enmarañadas se levantan—: ¿Cómo te ha ido ahí dentro?



—Bien, supongo —desvió la mirada hacia los peces del acuario que está a su lado. ¿Por qué siempre tengo que ser tan tímido y torpe?

—Ah, muy bien. Tú sólo mira para arriba y deja que ellos se encarguen de las cosas complicadas, ¿vale? —Jerry tiene una voz áspera y profunda, como el ruido de guijarros en una trituradora. Se recuesta, y noto la banda de malla azul un poco más arriba del codo, y sé que le han sacado una muestra de sangre. Esto de sacar sangre se ha convertido en algo extrañamente familiar para mí. Ya sé cuál es mi mejor vena para eso, lo cual no deja de ser raro.

Frank mira alrededor de la sala.

—¿Dónde está tu madre, Ross?

—Mi madrastra.

—Madrastra. ¿Se ha olvidado de ti? ¿Ha huido del país?

—Probablemente —me siento en el borde de un sofá. Sé esperar. Para eso se hicieron los teléfonos inteligentes.

—Bueno... si sigues por aquí dentro de tres horas, te llevaré a tu casa. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Jerry menea la cabeza.

—¡Dios del cielo! No vayas a irte con él en su coche. En estos tiempos a cualquiera le dan un carnet de conducir.

Frank empieza a alejarse.

—Sigue intentándolo, Jerry. Un día de estos vas a decir algo muy gracioso —y luego gira sobre sí y camina hacia atrás, apuntándome con ambos dedos como si fueran pistolas.

—Nos quedan cuarenta y cuatro sesiones, Ross. Y mañana quiero sugerencias de música verdadera, en serio. O empezaré a ponerte la mía —apoya la espalda contra las puertas eléctricas y luego sale.

Jerry me examina con total seriedad.

—Hazlo. Trae música, o es capaz de ponerte las grabaciones de su banda. Y ya has sufrido suficiente.

—¿Tiene una banda?

Sopla su café.

—Banda de bandidos, más bien —y luego coge una revista, así que supongo que no será una descortesía de mi parte concentrarme en mi teléfono. Le envió a Abby un mensaje de texto.

Radiación 1, ok.
to.

¿Qué tal te ha ido? ¿Ahora eres un mutante radiactivo, como Godzilla?

No tanto, pero puedo disparar rayos láser por el trasero.

¡OOH! ¡Qué envidia! Hablando en serio, ¿te ha dolido?

Nada de nada.

Genial.

Abby había dicho que quería acompañarme hoy, pero le dije que no tenía deseos de darle mayor importancia al asunto. Insistió, y yo seguí diciéndole que no. Si venía, seguro iba a haber abrazos y apretones de mano, y entonces se habría convertido en algo importante. Siento que si le dedico a todo este asunto la menor atención posible, entonces sólo... se esfumará.

Creo que lo entendió. En algún momento, al menos.

Las puertas principales se abren de pronto y mi madrastra entra envuelta en una nube de aire frío y cafeína.

—¡Ross, ya has salido! Perdóname, pero necesitaba algo que me despertara y fui a Bucky's. Pensé que regresaría antes de que terminaras. ¿Qué tal ha ido?

Una de las cosas más desesperantes de Linda es su insistencia en decirle Bucky's a Starbucks. Me pone los pelos de punta.

Se pone frente a mí y mira a Jerry.

—Hola.

Empiezo a levantarme del sofá.

—Él es Jerry.

Jerry da comienzo al proceso de ponerse en pie para estrecharle la mano.

—Ése soy yo. Jerry Thompson...

Ella agita las manos ante él.

—No hace falta que se levante. Tenemos que irnos. Mucho gusto, Jerry. Me llamo Linda —se dan la mano velozmente, y ella se vuelve hacia mí—. ¿Estás listo? Necesito llevarte a casa. Tengo dos millones de cosas que hacer —mira a Jerry y pone los ojos en blanco—. Trabajo como agente inmobiliaria.

Jerry sonrío.

—Ah, claro... que le vaya bien —y me da una patadita en el pie con uno de sus zapatos ortopédicos que se sujetan con velcro—. Ha sido un placer conocerle, Ross. Nos veremos por aquí. Me alegra que tu primer día fuera bien.

Me levanto y guardo el teléfono en mi bolsillo.

—Mucho gusto en conocerlo. ¿Por qué día del tratamiento va?

—¿Ahora? Por el treinta y seis. Pero ¿quién los cuenta?

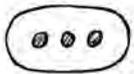
El teléfono de Linda empieza a repicar en cuanto nos montamos en su camioneta Grand Cherokee, y emprendemos el camino a casa al ritmo de la voz de Linda describiendo un lindo espacio de tres habitaciones y dos baños no muy alejado del lago. Asegura que

cuenta con muy buena luz y un pequeño desayunador que es toda una preciosidad.

Le envío un mensaje a Isaac, aunque no tengo esperanzas de que responda. No se ha acercado mucho a nosotros últimamente. Es decir, en absoluto.

Hola, ¿qué tal? Acaban de radiarme como a Hulk.

Me siento a mirar la pantalla, y me sorprende ver que empiezan a moverse los tres puntos que muestran que está escribiendo algo. ¿Responderá?



Los tres puntitos se mueven y titilan... y luego desaparecen. Me da vergüenza confesarlo, pero el corazón se me cae a los pies. ¿Qué le pasa a Isaac? Espero, mirando fijamente la pantalla, a ver si los puntos aparecen otra vez, pero no.

Termino por guardar el teléfono en mi bolsillo. Durante el resto del camino, me limito a mirar por la ventana. Últimamente me he entrenado en hacer eso.

Una vez en casa, voy al piso de arriba. Dejo mi mochila y me dirijo al espejo que hay en mi baño. No hay una señal visible en el punto por el cual penetró el rayo en mi sien. ¡Qué raro!

Pero mirarme en el espejo me trae malos recuerdos, de verme la cicatriz y mi ojo cerrado, medio bizco y que lagrimea constantemente. La biopsia. El diagnóstico. La cirugía. Trato de mirarme lo menos posible, para no derrumbarme.

Me voy a la cama y me dejo caer boca abajo. Mi teléfono vibra, pero me quedo dormido en menos tiempo del que se tarda en decir *radioterapia de protones*.

Tengo un sueño donde soy una patata frita en una freidora, y que me sumergen una y otra vez en aceite

¡NO TAN CRUJIENTES, POR FAVOR!



hirviendo. Suena muy tonto, pero es aterrador.

Cuando despierto, mi habitación está a oscuras, y papá está sentado en la cama a mi lado, con la mano en mi espalda.

—Eh, Ross, ¿estás despierto?

Asiento, con una especie de gruñido.

—¿Cómo fue la terapia? Quiero todos los detalles.

Me giro lentamente, medio dormido. Tiene el pelo aplastado en un costado de la cabeza, y se ha aflojado la corbata. Necesita un afeitado.

—Vaya —digo—, te ves fatal.

Ríe y se frota el rostro con ambas manos.

—Ja ja, sí. Ha sido un día agotador. Y sólo podía pensar en que quería estar allá contigo —es abogado procesalista, y se encuentra en medio de algún caso muy importante. Es algo así como un enorme acuerdo de seguros.

Deja salir un largo suspiro, como si llevara días conteniendo la respiración.

—A ver, suéltalo. Cuéntamelo todo. Empieza por el principio y que no quede fuera ni un detalle.

Así que me dejo caer sobre el cabecero de mi cama, él se recuesta a mi lado, y le cuento.

4

DIVERSIÓN ESCOLAR. YUJUUUUU

Cuando llego a la escuela a la mañana siguiente, Abby no está contenta conmigo: me quedé dormido y no vi un montón de mensajes que me envió. Pasamos por el aula de música a dejar su viola y, mientras avanzamos por el corredor frente a un chico que suelta cantidades increíbles de saliva por el extremo de su trompeta, me lo deja bien claro.

—¿Se te olvida cómo contestar un mugroso mensaje? ¡Y yo que llegué a pensar que habían fallado el disparo con el rayo y te habían freído el cerebro! —rebusca algo en su mochila, probablemente protector labial.

Abby es la única persona que bromea sobre mi *situación*. Lo ha venido haciendo a lo largo de toda esta difícil experiencia. Y yo no tengo palabras para agradecerse. Me hace sentir que todavía queda algo normal en el mundo.

Quiero decir, no me malentiendas: sería raro que el resto de la gente también bromeara al respecto.

Pero Abby es caso aparte.

Abby Peterson ha sido mi mejor amiga desde el tercer día de mi primer año en el colegio, cuando me atraganté con un sorbo de leche, y una gomita de vitaminas de los Picapiedra salió expulsada por mi nariz. Creo que tenía la forma de Dino. Rio tanto que por poco vomita, y desde entonces se formó un vínculo entre nosotros.



Cuando estábamos en cuarto, creo, le dimos la bienvenida a nuestro pequeño grupo a ese eterno zopenco que es Isaac Nalibotsky. Encajó muy bien con nosotros, pero últimamente ha estado comportándose de forma extraña. Desapareció de pronto, al menos en lo que tiene que ver con pasar el tiempo con nosotros. En otras circunstancias, haría este camino con nosotros, y me sigue extrañando que no esté aquí.

—No tenía ganas de hablar —dije—, ni de mensajear. Ni de levantar la cabeza de la almohada. ¿Has hecho la tarea de Lengua? Se me olvidó por completo.

—Bah, creo que la profe Bayer no te reprenderá. Al fin y al cabo, tienes la mejor excusa del mundo: *Oh, lo siento tanto, pero ayer me dispararon un rayo de pura energía en la cabeza* —se aplica el protector labial con tal generosidad que hubiera sido suficiente para tres personas—. ¿Y cómo fue? ¿El rayo daba calor?

Nos detenemos frente a mi casillero para que yo saque mi libro de matemáticas.

—Fue... no sentí nada. Sólo tuve que quedarme ahí tendido un rato, y luego ya había terminado. Muy extraño.

Abby me mira pensativa unos momentos.

—Ya veo. Eso no nos va a servir. Cuando la gente te pregunte, tienes que añadirle un poco de drama... por ellos, no por ti.

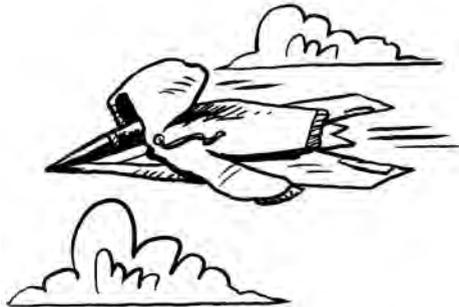
—Está bien —cierro mi casillero de un portazo. Noto que un par de niñas nos miran. Estoy casi seguro de que están en sexto de Primaria—. Tal vez puedo decir que olía a carne quemada. O que pude oír cómo mi ojo chisporroteaba como tocino al freírse.

—Lo dirás en broma, pero yo no me detendría ahí —Abby se pone un coletero entre los labios, para recoger su cabello ondulado y anaranjado. Guarda

su diadema en la mochila—. Aprovecha todo lo que quieras el toque de ciencia ficción que tienen los rayos láser, amigo mío. Eres famoso en el cole.

Un comentario muy propio de Abby. Si hay algo que a ella le guste es llamar la atención. Lo cual es bueno, porque su pelo color mandarina puede verse desde el espacio. A eso hay que agregarle su sentido algo excéntrico de la moda, que algunos llamarían chiflado, y así se convierte en alguien a quien es imposible no ver. Su estilo desquiciado me viene bien. A su lado, resulto invisible.

En realidad, yo *solía* ser invisible. Podía atravesar una biblioteca abarrotada de gente y escapar sin que nadie me notara. Sano y salvo. Casi nadie me dirigía la palabra, y yo vivía tranquilamente debajo del radar, como un cazabombardero encapuchado. Nunca me di cuenta de que las cosas eran así, pero funcionaban de maravilla.



Y entonces, ya sabéis, aparece el... cáncer.

Hasta ahí llegaron mis planes de mantenerme de incógnito al pasar a Secundaria con mi nada notable nota media, sin que profesores ni estudiantes repararan en mí. Ahora no puedo recorrer un pasillo sin que nadie me observe y analice. O, peor aún, que me pregunten cómo me siento.

Un niño se me acercó y en voz baja me preguntó si me estaba muriendo. Él estaba en sexto, así que creo que honestamente no sabía qué otra cosa decir. Otro niño, un año mayor que yo, Billy Herrold, se acercó y asintió, para luego contarme que su tío había muerto de cáncer.

Yo no sabía muy bien cómo reaccionar ante esa información, así que medio sonreí y le dije: *Qué mal*. Se alejó caminando como si se sintiera orgulloso de haber compartido algo con el niño enfermo, pero a mí se me hizo un nudo de preocupación en el estómago, que se mantuvo durante el resto de ese día.

Creo que esos niños tratan de ser amables, o al menos actúan con amabilidad, pero yo estaría dispuesto a dar mi ojo derecho por volver a ser el chico anónimo, aunque decirlo sea una completa tontería porque mi ojo derecho es justamente donde tengo el tumor.

Uno de mis peores momentos relacionados con el cáncer sucedió cuando en el cole hicieron algo que se suponía que era amable. Como la operación me la hicieron al final del verano, perdí la primera semana

de clases en recuperación. El primer día que volví a la escuela, me esperaba una enorme tarjeta firmada por mis profesores y todos mis compañeros de curso.

Habían escrito mensajes por todas partes: “¡Mejórate!” y “¡Sentimos mucho tu enfermedad!”, y el siempre útil “¡Ánimo!”.

Quedé horrorizado. Habían pasado unas cuantas semanas desde la operación, y aparte de unos moratones que ya estaban amarillentos, me veía más o menos bien. Pero esa tarjeta daba a entender: *Olvídate de pasar desapercibido como el señor Normal*. Era como si alguien hubiera puesto un enorme letrero luminoso sobre mi cabeza, anunciando lo que había sucedido: ¡Aquí está el niño enfermo!

Cuando entro en la clase, la profe Bayer aparece junto a mi mesa.

—¿Cómo estás, Ross? Ayer comenzaste tu tratamiento, ¿verdad?

Siento varios pares de ojos fijos en nosotros.

—Sí, y estoy bien.

Se apoya en el escritorio separado del mío por el pasillo, y me mira con gesto de preocupación. Un montón de brazaletes se entrechocan y suenan cuando posa una mano tranquilizadora en mi brazo. He notado que a mucha gente le gusta hacer gestos de cariño tranquilizadores en el brazo de una persona enferma.

—De acuerdo. Dime si necesitas algo, o si los deberes te parecen excesivos.

Muevo la cabeza en asentimiento y pienso en Abby, con eso de que tengo la mejor excusa.

—Yo... hum... estaba muy cansado cuando volví a casa ayer. No hice la tarea, pero...

La profesora Bayer sonrío y se inclina hacia mí como si fuera a decirme un secreto, envolviéndome en su penetrante perfume.

—No te angusties. Hazlos cuando puedas, ¿está bien? —y levanta tanto las cejas que uno pensaría que es una caricatura—. Sólo avísame, ¿de acuerdo? Mantenme al tanto —se pone en pie y regresa al frente del aula.

Parpadeo, algo aturdido. Bayer tiene fama de ser muy estricta entre los profesores de la escuela.

¿Qué magia es ésta?

Me pregunto cuán lejos puedo llevar este nuevo poder que poseo cuando Sarah Kennedy hace su entrada y la clase se ilumina como si alguien hubiera aumentado la potencia de todas las bombillas.

Se dirige a su pupitre, justo delante del mío. Una energía torpe recorre mi cuerpo mientras me dedico a buscar bolígrafo y papel para tomar notas. Tengo que esforzarme por parecer natural, aunque sé que ella no estará ni remotamente mirando en mi dirección.

Pero, me observa.

—Eh...

Miro detrás de mí para asegurarme de que no está hablándole a otra persona. Y no.

—¿Sí? —todos los ruidos del aula se han silenciado, salvo por un pitido agudo en mis oídos.

—Se me ha acabado el papel. ¿Me puedes prestar unas hojas?

Me ofrece su sonrisa ridículamente deslumbrante y siento que se forma un nudo en mi garganta. Sarah Kennedy tiene ese efecto sobre mí. El mismo que tiene sobre muchos otros en la escuela, para ser sinceros. Sé que no hay nada particularmente inteligente en derretirme por una niña que apenas conozco, pero... bueno, culpemos a la pubertad.

Sarah no sólo es popular, guapa e increíblemente lista. Hace un par de años la vi en el parque con sus hermanos mayores... y estaba haciendo piruetas en un monopatín. ¡En un monopatín! ¡Y lo hacía bien! Fue la cosa más genial que he visto en mi vida. Era como ver a la Reina de Inglaterra haciendo acrobacias en el filo de una acera.

Aquella imagen se me quedó grabada en mi memoria para siempre. Incluso llegué a pensar en aprender a montar en monopatín. Luego le pedí prestado el suyo a Isaac y por poco me mato, así que decidí que no seguiría con ello. La coordinación y yo no somos amigos.

—Claro que sí —saqué un par de hojas, pero mi motricidad me había abandonado. Mi mano decide arrugarlas cuando salen, así que las embuto en mi mochila y hago como si nada hubiera sucedido. Abro mi carpeta para sacar otras y se las ofrezco.

Luego se oye una voz grave a mi derecha.

—Entonces, ¿qué? ¿Ya tienes superpoderes y toda esa mierda?

Me vuelvo lentamente.

Es Jimmy Jenkins.

—No —le digo—. Nada de superpoderes. Todavía.

Jimmy es el chico más grande de mi curso. Y, sin duda, el más simplón. He oído lo que se cuenta por ahí, que es malo o que está chiflado, o ambas cosas a la vez, y la verdad es que me aterra pensar que debo sentarme a su lado. Un encuentro con Jimmy es como enfrentarse a un oso pardo. Una simple palabra equivocada puede ponerlo de muy mal humor, y eso es lo último que uno quiere que suceda.



Me dijeron que en quinto grado le dio a un niño un coscorrón tan fuerte que tuvieron que llevarlo al hospital. Y el año pasado cuentan que se enfrentó con uno de secundaria por una apuesta de un partido de fútbol americano o algo así.

Con total destreza, la lengua de Jimmy ajusta una enorme esfera de chicle (seguramente de sabor a uva, de esos que anuncian los beisbolistas) mientras piensa un momento. Siempre está masticando una grandísima pelota de esa cosa. Es asqueroso. La boca se le ve toda húmeda y babeante cuando masca, y luego termina dejando esas plastas donde le apetece, una vez que se aburre. He pisado un par de esas *plastas de Jimmy*, como se conocen en la escuela, y me he llegado a sentar en alguna de ellas.

Para empeorar lo asqueroso de la situación, perdón pero es inevitable, lleva adonde quiera que vaya una pequeña botella que era de zumo y que ahora usa para escupir. No sé si piensa que lo que tiene en la boca es tabaco de mascar, o si padece algún problema de salivación, pero es lo más repugnante del mundo. Hasta he tenido pesadillas con eso.

—Peor para ti. ¿Y ese rayo para el cáncer te hizo cagarte en los calzoncillos o algo así?

Siento que toda mi sangre se ha ido a mis orejas y me arden, y puedo sentir que Sarah se mantiene atenta a nuestra conversación.

—No, para nada —se me quiebra la voz—. Claro que no.

—Ya. Y qué hay de tu orina... ¿Brilla en la oscuridad? He oído que puede pasar.

Esto es más difícil que enhebrar una aguja. No debo enfurecer al oso, y tengo que mantener la dignidad frente a Sarah.

—No... no que yo haya notado.

—Ahh... qué mal —resopla, y vuelve a masticar su pelota de goma azucarada. Mueve la plasta enorme otra vez hacia la parte frontal de su boca. Ya ha perdido por completo el interés en mí.

Sarah sigue mirando hacia atrás, con las hojas en la mano. ¿Estará observando la cicatriz? ¿Mi ojo medio bizco? Muevo la cabeza para salir de su vista, por si acaso.

—Bueno, gracias por esto. Utilicé todas mis hojas en... —levanta una gruesa pila de volantes impresos y me da uno—, el concurso de talentos de Navidad. Será en diciembre. Al final del año. ¿Quizá podrías dibujar a algunos de tus personajes frente a todos, en el escenario, o algo así?

Cojo el volante e intento imaginar cómo sería eso: yo, dibujando ante la vista de todos, mientras ellos se mueren de aburrimiento y bostezan en primera fila.

De sólo pensarlo, me sonrojo hasta ponerme muy colorado.

Soy un dibujante, no un artista. Hay una gran diferencia entre ambos. Mamá era una artista. Ilustradora, en realidad. Trabajaba ilustrando libros para niños, y revistas y otras cosas antes de enfermarse. Era endiabladamente buena en lo que hacía, y tenemos sus obras por toda la casa.

En realidad, no es que yo sea malo. Los personajes a los que Sarah se refiere son Baticerdo y Batitrasero. Hace un par de años dejé mi pequeña huella en la historia del arte de mi escuela, cuando mi dibujo de Batitrasero logró mandarme por primera y única vez a la oficina del director.



Dibujo cómics tontos sobre las aventuras que viven, pero desde ese encuentro con el director, me concentro más en Baticerdo. Así corro menos riesgos.

De hecho, tengo una libreta de dibujo donde escribo la mayor parte de mis cómics de Baticerdo. Y

también dibujos de cosas varias. Y bocetos más serios de objetos reales. Mamá los llamaba *dibujos de la vida*. Pero éstos no se los muestro a nadie. Ni siquiera a Abby. O a papá. Los tengo en ese maltratado cartapacio que perteneció a mamá. Lo encontré entre sus cosas, unos años después de su muerte. No recuerdo mucho su muerte. Ni tampoco a ella, sinceramente. Pero ese cartapacio significa mucho para mí.

Lo siento como algo muy personal, así que lo mantengo en ese estado. Para mí y nadie más.

O tal vez lo que sucede es que me preocupa que alguien diga que mis dibujos son muy malos.



PROHIBIDA LA VISTA AL PÚBLICO

Sea como sea, me siento impresionado porque mis garabatos hayan sido detectados por el radar de Sarah Kennedy, que siempre parece muy ocupada con sus amigos y todo lo relacionado con ser superpopular.

Entonces, mientras me mira, sucede algo de pronto con su cara: la veo cambiar y transformarse, y en un momento tiene los ojos tristes y una

expresión de sinceridad. Ya sé lo que viene después. Me ha tocado vivirlo mucho últimamente.

—Entonces... ¿cómo te sientes? —la preocupación que se forma en su rostro me hace sentir deseos de meterme en un agujero para no volver a salir. Ese prolongado contacto visual que implica el mensaje *Aquí estamos todos para apoyarte* me resulta extremadamente incómodo.

Me sonrojo.

—Oh, bien. Sí. Estoy bien —murmuro.

—Sigue así, ¿de acuerdo? —asiente y me regala una sonrisa triste antes de enderezarse en su pupitre.

Respiro hondo y me escabullo en mi asiento. Doblo el volante del concurso de talentos y lo guardo en mi bolsillo trasero.

Tal vez me haya ablandado un poco, pero mi corazón se ha mantenido firme y sin perder el paso.

Eso, para mí, es una victoria.



BATICERDO ORGULLOSO